

ANTONIO  
PAPELL

ELLELU

FOGA

TUORO

D

E



LLA

S

O

C

C

I

A

D

E

N

O

C

R

A

C

C

A

igualmente en el terreno de la ortodoxia y han de ser los líderes conservadores quienes hayan de implementarlas?

Durante un tiempo, los neoconservadores han conseguido que pasara inadvertido el fracaso de la gran desregulación liberal, causante de la gran recesión, pero, como reza el célebre aforismo, no se puede engañar a todo el mundo todo el tiempo. La sociedad global empieza a ser consciente de que la responsabilidad de este traumático final de ciclo corresponde a quienes promovieron los excesos del neoliberalismo, permitiendo el obscuro enriquecimiento de unas elites sin escrúpulos y provocando el empobrecimiento de grandes capas –incluida toda la clase media– de las sociedades occidentales.

Incluso en el terreno académico, comienzan a aparecer análisis comprometedores. Hierro, Hierro y Atienza<sup>7</sup> mencionan un trabajo de dos investigadores de la Universidad de Princeton que demuestra que entre 1940 y 1980, periodo en que los mercados financieros estuvieron muy intervenidos, no se produjo ninguna crisis financiera en el mundo, y que fue precisamente la desregulación posterior la que ha engendrado la recesión de 2008, muy semejante a la de 1930, cuando también los mercados estaban fuera de control<sup>8</sup>.

<sup>7</sup> Hierro, Hierro y Atienza, *op. cit.*, p. 21.

<sup>8</sup> Carmen M. Reinhart y Kenneth S. Rogoff, *This Time is Different: A Panoramic View of Eight Centuries of Financial Crises*, Princeton, Princeton University Press, 2009. Hay un resumen en Internet: <http://www.nber.org/papers/w13882>.

### CAPÍTULO III

## La socialdemocracia en España

El PSOE, protagonista de la Transición. Primera etapa de gobierno: Felipe González, 1982-1996

### *Algunos antecedentes*

En el marco de la oleada revolucionaria de finales del siglo XIX en Europa surgió el Partido Socialista Obrero Español (PSOE), fundado por el tipógrafo Pablo Iglesias en 1879. Su programa, de 1880, es socialista, obrerista, marxista y revolucionario, y postula la apropiación colectiva de los medios de producción. El propio Pablo Iglesias explica que

el socialismo moderno, presentado principalmente por los partidos obreros de todos los países, afirma que la desaparición de la desigualdad y el antagonismo entre la clase burguesa y la clase productora sólo puede conseguirse por la transformación de la propiedad individual o corporativa de los instrumentos de trabajo en propiedad común de la sociedad entera<sup>1</sup>.

En aquel estadio primerizo del socialismo, Iglesias no pretende conquistar el poder por vías democráticas, ya que considera impo-

<sup>1</sup> Pablo Iglesias, *Comentarios al programa socialista*, edición de la Secretaría de Propaganda del PSOE en Francia, 1945, reedición de la Federación de las Juventudes Socialistas de España, 1972, p. 22, Comentario 6.º.

sible conseguir la mayoría: la participación tiene por objeto que la clase trabajadora se conciencie y termine apoyando la revolución.

El Comentario 7.º del mencionado opúsculo dice textualmente:

No; no incurriremos en la candidez de creer que nuestras ideas puedan tener mayoría en los Parlamentos, en las Diputaciones, ni en los municipios [...]. Si nosotros queremos que vayan a aquellos sitios Diputados o Concejales socialistas es porque allí, merced a sus proposiciones o a sus proyectos de ley, además de poder arrancar alguna mejora para los trabajadores, harán que se manifieste el antagonismo de clase; que los Gobiernos burgueses se revelen tal cual son, guardadores y nada más que guardadores de los intereses capitalistas; que los distintos partidos de la burguesía, monárquicos y republicanos, no obstante sus diferencias políticas, se muestren unidos en contra de las reclamaciones obreras; que se vea, en fin, que mientras se hacen en tres días o en una semana leyes provechosas a los intereses de la clase expoliadora, no se elabora ninguna o se elabora de mala gana e incompleta, al cabo de muchos años, alguna favorable a los proletarios. Queremos, sobre todo, enviar representantes socialistas al Parlamento, las Diputaciones y el Municipio, para que se valgan de estas tribunas y agiten desde ellas, convirtiéndolas en un foco de propaganda de nuestra doctrina a la inmensa masa desheredada; con lo cual, si no conseguimos que el Parlamento burgués, obrando contra sus intereses, acepte nuestras ideas, lograremos que la clase trabajadora adquiera conciencia de sus intereses.

Al mostrarnos, pues, partidarios de que vayan representantes socialistas al Parlamento o a los cuerpos administrativos, no entra en nuestros cálculos sacar de ellos la transformación de los instrumentos de trabajo en propiedad común, lo que intentamos con eso es contribuir desde allí poderosamente a la formación del ejército revolucionario.

Las vicisitudes del PSOE durante el periodo casi secular que media entre su fundación y su irrupción en el régimen de partidos que llevaría a cabo la transición a la democracia desde la dictadura franquista quedan fuera de este análisis. Santos Juliá ha profundi-

zado en el estudio de la evolución y el papel del socialismo en su magna obra *Los socialistas en la política española. 1879-1982*<sup>2</sup>.

Durante la dictadura franquista, el PSOE, que padeció trágicamente la derrota de la República y cuyos líderes supervivientes marcharon al exilio, mantuvo una vida lánguida, eclipsado por el activismo del Partido Comunista de España (PCE). En el interior, durante los últimos años del franquismo, se produjo un resurgimiento del socialismo, sobre todo en Andalucía y el País Vasco, al tiempo que la UGT iba tomando posiciones en el mundo laboral en cooperativa competición con el sindicato comunista, Comisiones Obreras. En el XXVI Congreso de Suresnes de octubre de 1974, decimotercero de los que el PSOE celebraba en el exilio, la militancia del interior dio una especie de golpe de mano democrático y desplazó al entonces secretario general, Rodolfo Llopis, accediendo al cargo el abogado sevillano Felipe González Márquez al frente de un pequeño equipo de jóvenes políticos andaluces y vascos. La socialdemocracia europea asistió atenta a aquel acontecimiento, que, dada la proveya edad y la delicada salud del dictador español, tendría más que probable proyección en el posfranquismo, como efectivamente ocurrió. En Suresnes estuvieron, entre otras personalidades, los líderes del socialismo francés y alemán, François Mitterrand y Willy Brandt, que asumieron la tutela fraternal del partido español.

En Suresnes, el PSOE estableció los términos de la llamada «ruptura democrática», que habría de ser el punto de partida de la democratización, y que se contraponía al concepto de «reforma democrática» que postulaban los herederos del franquismo y un sector de la incipiente derecha democrática. Reforma y ruptura pugnaron, en efecto, durante la Transición y, aunque prosperó metodológicamente la vía reformista, el resultado del proceso —desmantelamiento del régimen anterior y erección de otro nuevo— representó en realidad un auténtica ruptura, salvo en el hecho de

<sup>2</sup> Santos Juliá, *Los socialistas en la política española. 1879-1982*, Madrid, Taurus, 1996.

que no hubo exigencia de responsabilidades políticas al producirse el cambio de régimen, por lo que muchas de las personalidades del franquismo tuvieron cabida en el sistema democrático.

Según la ponencia aprobada en Suresnes, la ruptura debía consistir en

–Libertad de todos los presos políticos y sindicales.

–Devolución de todos sus derechos a las personas que hayan sido desposeídas por sus actuaciones políticas y sindicales contra la dictadura.

–Disolución de todas las instituciones represivas.

–Reconocimiento y protección de las libertades mediante:

- Libertad de partidos políticos.
- Libertad sindical.
- Libertad de reunión y expresión.
- Derecho de huelga y manifestación.

–Restitución del patrimonio expoliado a las organizaciones políticas y sindicales suprimidas por la dictadura.

–Convocatoria de elecciones libres en plazo no superior a un año a fin de que el pueblo manifieste soberanamente su voluntad.

–Reconocimiento del derecho de autodeterminación de todas las nacionalidades ibéricas.

En Suresnes se aprobó también una segunda resolución «sobre nacionalidades y regiones» que definiría el modelo territorial del PSOE, que tuvo gran influencia en el proceso constituyente. En él, se defendía el «derecho de autodeterminación» de las nacionalidades ibéricas, lo cual significaba «la facultad de que cada nacionalidad pueda determinar libremente las relaciones que va a mantener con el resto de los pueblos que integran el Estado español». Y se pronunciaba por «la constitución de una República Federal de las nacionalidades que integran el Estado español».

A partir de 1974, las fuerzas democráticas, antifranquistas, alumbraron un proceso de convergencia para plantear colectivamente cara al régimen, ya exhausto y con el dictador enfermo

–Franco entraba y salía del hospital aquejado de la tromboflebitis que terminaría con él–, y lógicamente el PSOE también participó en aquel ejercicio, manteniendo en todo caso su antagonismo histórico con el PCE. A finales de julio de 1974, se creaba simultáneamente en París y Madrid la Junta Democrática, impulsada por el activo abogado Antonio García Trevijano; en la presentación del organismo en París, comparecieron Rafael Calvo Serer y Santiago Carrillo. La Junta, con pretensiones de organismo unitario de oposición democrática a la dictadura, incluyó al PCE, al PSP de Tierno Galván, a otros partidos de menor entidad, al sindicato comunista –CCOO–, así como a asociaciones diversas y a numerosas personalidades independientes, pero no consiguió la adhesión del PSOE ni de las corrientes democristianas pese a las conversaciones que tuvieron lugar para conseguirla. En junio de 1975, se creaba la Plataforma de Convergencia Democrática, encabezada por el PSOE y en la que figuraba Izquierda Democrática –integrada en el Equipo Demócrata Cristiano del Estado Español–, el Movimiento Comunista, la Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT) y la Unión Socialdemócrata Española. Más tarde ingresaba el Partido Carlista y se retiraba la ORT. En marzo de 1976, la Junta y la Plataforma formaban Coordinación Democrática (CD), la *Platajunta*. Finalmente, en octubre de aquel año tenía lugar la última ampliación de aquel organismo al formarse la Plataforma de Organizaciones Democráticas (POD) que incluía además a fuerzas nacionalistas y estaba constituida por CD, la Asamblea de Catalunya y las correspondientes asambleas regionales de las Baleares, Canarias, Galicia y País Valenciano.

Tras la desaparición del dictador, en 1975, Felipe González fue consciente de que la Transición requería del PSOE un *aggiornamento* ideológico semejante al que habían experimentado las demás socialdemocracias occidentales, que había de incluir la eliminación del marxismo como ideología oficial del partido. Encontró resistencia entre los suyos, perdió el XXVIII Congreso en mayo de 1979 y, tras una dimisión táctica, el Congreso Extraordinario de septiembre de 1979 le restituyó el liderazgo y se plegó a sus

deseos: el PSOE aceptó la economía de mercado, rompió todos sus lazos con el marxismo, incluidas las teorías revisionistas de Bernstein, y, ya adquirida una posición central en el arco ideológico, se dispuso a desempeñar la representación de la izquierda moderada en el proceso de transición que ya se hallaba en pleno apogeo.

### *La presidencia de Felipe González*

González, presidente del Gobierno entre 1982 y 1996, llevó a cabo una modernización integral de la antigua socialdemocracia, relativizando el criterio de la redistribución fiscal de la riqueza como motor de la equidad y sustituyéndolo parcialmente por la universalización de unos grandes servicios públicos gratuitos y de calidad, garantía eficaz de la igualdad de oportunidades en el origen. Asimismo, dio preferencia a la eficiencia económica sobre el estatismo ideológico, reestructuró y privatizó el sector público, etc., en una dirección que algunos han llamado socioliberal. González logró la adhesión de España a las Comunidades Europeas en 1986 y fue, con Kohl y Mitterrand, uno de los grandes impulsores de la integración continental y del Tratado de Maastricht, que sentó las bases de la unificación monetaria y de una progresiva gobernanza económica europea, así como del ulterior criterio de estabilidad macroeconómica como principio rector de la economía.

Felipe González ha sido un extraordinario estadista, consciente de que la izquierda democrática española, que aún era vista con aprensión por sus antiguos antagonistas en la guerra civil, debía llegar al poder haciendo gala de moderación y pragmatismo, tanto por razones ideológicas —era su obligación terminar de apagar los resquemores históricos— cuanto porque éste era el signo de los tiempos en la desarrollada Europa: por aquellos años, comenzaba a afirmarse la hegemonía neoliberal y la izquierda había de buscar su acomodo tras el largo periodo de consenso socialdemócrata ulterior a la Segunda Guerra Mundial. Si el Partido Comunista, que poseía todo el mérito de haber sostenido la llama de la oposición

antifranquista tanto en el interior de España como en el ámbito internacional, aún condescendía con las propuestas marxistas y en cierto modo radicales (aunque con un ropaje también muy moderado y tras aceptar sin reservas el marco constitucional), el histórico PSOE, prácticamente inexistente en el interior durante la dictadura y con una vida muy lánguida en el exterior hasta el Congreso de Suresnes, había de irrumpir sin ruido, dispuesto a clausurar los últimos diferendos guerracivilistas y a convertirse en el antagonista templado de la derecha, que asimismo hacía esfuerzos para homologarse con sus pares democráticos europeos y norteamericano. La globalización incipiente pero ya plenamente pronosticable a caballo del intenso progreso tecnológico parecía plenamente adaptada a las corrientes neoliberales más emergentes; no era posible oponerse frontalmente a aquellos designios si se quería alcanzar el poder y, de paso, preservar y potenciar el Estado de Bienestar, que en España era, paradójicamente, bastante consistente gracias al paternalismo corporativista del régimen dictatorial.

Probablemente, la prueba más evidente de cuáles eran las verdaderas intenciones de González fue el nombramiento de Miguel Boyer como primer ministro de Economía de la etapa socialista, en contra de la opinión de la mayor parte de la dirección del partido. Boyer era reconocidamente un liberal, y de ese sesgo fue la política que realmente implementó. Y su sucesor, Solchaga, fue su epígono aventajado. Aún resuenan en algunos oídos aquellas lapidarias frases del segundo ministro de Economía del felipismo: «la mejor política industrial es la que no existe» y «España es el país donde es más fácil enriquecerse». Sería, sin embargo, injusto no ponderar que, frente al neoliberalismo económico, los equipos económicos de González auspiciaron por razones ideológicas el fortalecimiento del Estado de Bienestar, que se sostuvo sobre los dos grandes servicios públicos universales y de creciente calidad, sanidad y educación, y sobre un sistema público de pensiones reforzado y aceptablemente integrador.

Cuando González ganó las elecciones el 28 de octubre de 1982, la economía española se encontraba en situación crítica.

**La gran crisis económica, cuyo arranque puede ubicarse en el hundimiento del banco de inversión Lehman Brothers el 15 de septiembre de 2008, constituye un fenómeno complejo que tardará años en ser convenientemente diseccionado. Sin embargo, puede asegurarse ya que lo sucedido a partir de la crisis de las subprime fue el colapso súbito del modelo neoliberal, que, a fuerza de suprimir regulaciones y controles, permitió el abuso avaricioso de los gestores desaprensivos del sistema financiero, que a la postre lo llevaron a la quiebra.**

**La descarada hegemonía intelectual de la derecha le ha permitido eludir en buena parte ante la opinión pública la responsabilidad evidente en todo esto. El pensamiento conservador, emboscado tras el parapeto de la ortodoxia llevada a extremos fundamentalistas, tiene la pretensión de salir indemne del desastre, y el cinismo de los neoliberales es tal que culpan ahora a los gobernantes socialdemócratas del crash del sistema financiero que ha traído la recesión.**

**La crisis ha puesto de relieve la necesidad de mantener una opción ideológica partidaria de que el Estado conserve un papel definido como promotor y prestatario de los grandes servicios públicos, y como regulador de diversas actividades y mercados que inciden decisivamente en el bienestar colectivo.**

**La recuperación de esta bipolaridad, en un mundo en el que el pensamiento conservador ha acuñado potentes axiomas que nunca han sido demostrados y ha actuado sobre el lenguaje y los marcos ideológicos para ponerlos a su merced, requiere un esfuerzo positivo de razón y de voluntad. Un esfuerzo que reconstruya íntegramente el centro-izquierda y que lleve a las sociedades desarrolladas de nuestros países a la convicción de que, en general, los problemas políticos y sociales tienen más de una única solución posible.**

